

Ricardo Aroca Hernández-Ros Doctor Arquitecto www.arocaarquitectos.com
C/ Rafael Calvo nº9, 28010 Madrid estudio@arocaarquitectos.com
914482505

Título **Madrid: una ciudad en busca de una idea**
Autor Ricardo Aroca
Cajón de recortes
Medio Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
Mayo de 2011
Fecha 2004

grandes monos, las manadas de elefantes y las de algunos cetáceos (se ha comprobado recientemente que los elefantes que nacen fuera del rebaño desarrollan pautas de comportamiento aberrantes).

La tradición oral es mucho más maleable y requiere menos tiempo para la evolución. Tiene el inconveniente de que, en la medida de que es necesaria para la supervivencia, deja desprotegidos a los que, por accidente, se apartan del grupo poseedor de la información, o incluso al grupo entero, si desaparecen simultáneamente varios individuos clave.

Hace menos de 10.000 años, aparece un tercer sistema de información: la escritura, que permite un almacenamiento sin límite, y acaba produciendo lo que llamamos "la cultura", como oposición a la "herencia".

La "cultura" como sistema de información recibe dos enormes impulsos:

- El primero, la imprenta, que permite una multiplicación rapidísima de la información, y una acumulación prácticamente sin límite.
- El segundo, ocurrido hace poco, la digitalización de la información, cuyo rapidísimo desarrollo estamos viviendo, y que podría abocar a una nueva forma de "vida", basada en el silicio, que acabe totalmente con la organización del carbono que sirvió para darle inicio.

El nacimiento del tercer sistema de información: la cultura, es explosivo, en los últimos 30 años se ha generado tanta información escrita como en los anteriores 5.000.

En términos de cantidad y densidad de información, cabe hacer algunas precisiones. Entre alfabeto, números, signos de puntuación, etc., hay del orden de unos 50 símbolos, lo que, respecto a las 4 letras del ADN, significa que hay que dividir por 12 la cantidad de información equivalente en papel.

En términos de éxito de la difusión del mensaje, las bacterias suponen más de la mitad de la biomasa existente, lo que, teniendo en cuenta su tamaño relativo, el mensaje bacteriano tiene una difusión del orden de 103 a 104 veces mayor que el resto de los mensajes, y con una mayor diversidad y capacidad de adaptación, en términos numéricos, el mensaje no bacteriano es irrelevante. Puede dar una idea de la difusión de las bacterias el que en un centímetro cúbico de tierra suele haber unos 1000 millones (10⁹) y que, en aún muestras de roca a 400 metros de profundidad se encuentran entre unos miles y unos millones de bacterias vivas por centímetro cúbico.

La biomasa humana es muy reducida 6.000 millones de personas suponen unos 300 millones de metros cúbicos de biomasa, y caben en el pantano del Atazar.

El sistema del ADN en su conjunto, a pesar de ser completamente ciego y dependiente del azar, o tal vez por ello, ha tenido un éxito increíble. Todo tipo de versiones en competencia de seres vivos, ocupan cada nicho ecológico posible, habiendo superado sin problemas extinciones masivas de alcance inimaginable.

El crecimiento en número de copias del mensaje requiere su modificación, lo que a su vez precisa de la desaparición de los individuos que, una vez han cumplido su función reproductiva, dejan de ser necesarios, de hecho, la obsolescencia programada de los organismos, asegura un funcionamiento razonablemente fiable por el doble de tiempo del necesario para reproducirse; la información cultural en cambio, requiere empezar por el principio, y el cambio excesivamente rápido de individuos va en contra, en la medida en que la cultura ayuda a la supervivencia, se producen pronto un número limitado de ancianos que viven mucho más que sus congéneres (esto, cierto en los humanos, se comprobará en su momento, en los elefantes y los cetáceos).

Madrid: una ciudad en busca de una idea · AV |2004

Madrid, candidata a organizar la olimpiada del 2012 y protagonista de un "boom" inmobiliario que parece no agotarse, se consolida cada vez más como el centro de negocios peninsular inclinada a su favor la antigua pugna con Barcelona, a la que no ha ayudado precisamente la retórica nacionalista de la Generalitat.

Sobre la ciudad, a salvo por el momento de la crisis económica que ha reducido el impulso edificatorio de otras capitales europeas, planean ahora los arquitectos internacionales mantenidos hasta hace poco a raya (a excepción de Bofill) por una corporación municipal con una cierta tendencia a lo castizo y lo subterráneo.

Madrid, que nació como ciudad importante demasiado tarde para tener una catedral como Dios manda, nunca ha tenido una exposición universal ni una olimpiada (y es probable que siga sin tenerlas en bastante tiempo), nunca en su historia ha tenido la ocasión de emprender algo que haya ayudado a sus

habitantes a tomar conciencia de la ciudad.

En una sociedad en que el término “ciudadano” va siendo sustituido cada vez más por el de “consumidor”, los habitantes de Madrid se sienten tradicionalmente mucho más “consumidores” de la ciudad, dispuestos a airear su resentimiento por las disfunciones del producto, que “ciudadanos” corresponsables, como mínimo, de una ciudad más necesitada de un poco de cariño y buena voluntad que de drásticas reformas. Un reciente estudio, aún no publicado, confirma con absoluta nitidez que en Madrid se echa en falta sobre todo una idea de ciudad como empresa colectiva; el factor de identificación más mencionado por los encuestados (ciudadanos escogidos como líderes de opinión) es en primer lugar el Real Madrid CF y a cierta distancia los museos.

La historia de Madrid, ante todo capital del estado y sólo en las últimas décadas centro industrial, de servicios y financiero, está dominada por las decisiones del poder central y de los especuladores con sólo breves períodos (como el de la efímera segunda República) de conciencia ciudadana.

La ciudad se hace capital como resultado de una decisión geométrica de Felipe II (estaba en el centro de la península, e igual pudo tocarle a Navalcarnero) y crece como Sede de la Corte, cabeza de un imperio en permanente declive y de una nobleza terrateniente y absentista.

La decisión de Felipe II tiene un punto más de extrañeza; Madrid, no sólo está lo más lejos posible de las costas, sino que tampoco tiene río digno de tal nombre, lo que la convierte en una singularidad entre las grandes urbes, una ciudad sin el elemento de orientación e identificación que supone el agua, sea mar, río o lago.

A falta de agua Felipe II dotó a la Corona y siglos más tarde a la ciudad, de un espacio “natural” inmediato que no existía, compró huertos y tierras de labor adyacentes al palacio y los convirtió en el “encinar natural” que hoy es “la Casa de Campo”. La Monarquía preservó para la ciudad otros espacios verdes como el Retiro y el Monte del Pardo, amén de dotarla de numerosos conventos, no pocos cuarteles, de la Plaza Mayor y del Paseo del Prado.

Además de los espacios verdes más o menos naturales el excelente ojo real para la buena pintura, que pasa de los Austrias a los Borbones, permitió formar las Colecciones Reales que dieron origen al Museo del Prado, primer identificador no futbolístico de recintos.

El corto reinado de José Bonaparte a principios del XIX, trató de llevar algo de racionalidad y salubridad a la población, convirtiendo en plazuelas los insalubres cementerios adyacentes a las iglesias, lo que fue poco apreciado por un vecindario que nunca ha sido demasiado progresista.

A finales del XIX la iniciativa urbana pasa de la Corona a los especuladores (aunque la línea de distinción no es muy clara; el barrio de los Jerónimos es el resultado de una especulación de Isabel II); el Marqués de Salamanca comienza la construcción de los ensanches.

La ciudadanía de Madrid da breves pero potentes señales de actividad cultural y ciudadana durante la II República que por una vez es consecuencia de un movimiento popular y no de un pronunciamiento militar.

El Madrid republicano reclama para el pueblo las posesiones reales, construye escuelas, mercados, la ciudad universitaria, el hospital clínico, librepensadores como Arturo Soria impulsan la ciudad lineal, el viso y las colonias de hotelitos, dejando una huella en la ciudad desproporcionada a la escasa duración de la experiencia y a los limitados medios de la época y constituye una prueba de la capacidad de la ciudadanía madrileña cuando se siente y comporta como tal.

Durante la dictadura del General Franco convive el idealismo populista y un tanto canalla del Ministro José Antonio Girón, que hace posibles la interesante operación de los poblados dirigidos con las especulaciones de José Banus y tantos otros, atemperados en cierta medida por el poder de algunos urbanistas responsables dentro de la administración, pero en todo caso la ciudad se sigue haciendo al margen de la ciudadanía que nunca tuvo ni información ni cauces de expresión que le permitieran influir en su desarrollo.

Muerto el General Franco la etapa democrática coincide en su comienzo con la gran crisis económica de finales de los setenta, que detiene durante años la Torre Picasso, obra de Yamasaki.

El Ministro Garrigues (otra vez el poder central), inicia la gran operación de Remodelación de Barrios, que consagra el derecho de miles de familias de baja renta a seguir viviendo donde estaban en lugar de ser expulsados a la periferia.

El Ayuntamiento permanece al margen de la operación urbana más importante del momento y el impulso de la ciudad corresponde al arquitecto Eduardo Mangada primero con el Alcalde Enrique Tierno, que intenta infundir

espíritu ciudadano a la urbe y recuperar el río, y luego con el Presidente de la Comunidad Joaquín Leguina.

El legado de Mangada se concreta en la fallida "Avenida de la Ilustración" como alternativa desgraciada al cierre del anillo periférico de la M30 y el revival de la ordenación en manzana cerrada, que trata de resucitar los ensanches del XIX con manzanas de la mitad de superficie y la décima parte de volumen que el modelo original, y han dado lugar a un tipo edificatorio con calles desiertas entre edificios construidos de una vez..., con piscina sin sol en el centro que se ha extendido como la peste por toda la periferia de Madrid.

La reactivación económica de los 80 ha impulsado una fiebre especulativa aún viva que tiene unos símbolos claros:

- Las Torres Kio yerguen sus inclinados prismas, obra de un exsocio de Phillip Jonson, sobre un suelo objeto de una estafa que ha dado lugar a una condena de cárcel para dos de los más conocidos financieros españoles (hoy pendientes de que se les conceda el indulto).
- Las futuras torres de la Ciudad Deportiva del Real Madrid; la ciudad, devolviendo generosamente el favor de ser su más importante seña de identidad ha contribuido a llenar las arcas del Club, permitiéndole salir de una importante deuda y aumentar aún más el prestigio de la capital fichando a los más caros futbolistas del momento, mediante la autorización de construir cuatro grandes torres sobre un suelo que el propio Ayuntamiento había cedido al Club años atrás para dedicarlo a zona deportiva.

Poco se sabe de las torres, siguiendo la tradición hermética del sector inmobiliario, salvo que una ha sido encargada a Foster por la Petrolera Repsol, como cabe esperar estaremos más informados de lo que va a pasar en Nueva York que de lo que pasa en Madrid.

Durante la última década, la administración municipal y los especuladores han sido indistinguibles tanto físicamente como en cuanto a lenguaje, aunque es preciso suponer que ambos grupos sociales han tenido un comportamiento ético intachable.

Se han gastado importantísimas operaciones más inmobiliarias que urbanísticas, ya que la lógica del crecimiento de la ciudad ha estado subordinada a la del aumento de valor del suelo; en ellos miles de grúas se afanan en edificar anónimas extensiones de ensanche retro con pequeñas manzanas, cada una con su piscina y su campo de tenis dentro.

Ante las repetidas críticas de carencia de actuaciones de prestigio, en el último par de años ha comenzado a propiciarse el desembarco de las estrellas de la arquitectura en una ciudad que se había alimentado hasta mediados de los 80 de excelentes arquitectos locales, salvo alguna actuación de Moneo en la última década y un vulgar proyecto de Bofill.

En este contexto, la candidatura olímpica se ha planteado en secreto como una operación inmobiliaria más, perdiendo así la oportunidad, al menos de momento.

La soberbia de la altura · AV |2005

Los Rascacielos entre la Técnica y el Pecado

Entonces se dijeron el uno al otro: "Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego". Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa.

Después dijeron: "Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la faz de la tierra".

Bajó Yahveh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, y dijo Yahveh: "He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible.

Ea, pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo".

Y desde aquel punto los desperdigó Yahveh por toda la faz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Desde tiempos bíblicos el acto de soberbia, castigada adecuadamente con la maldición de la diversidad de las lenguas, de construir una torre de altura infinita ha estado en la mente de la humanidad concitando sensaciones de poder y temor.

Curiosamente no se trata de algo imposible, ya que puede construirse una torre de altura infinita con cualquier material siempre que su planta tenga una ley de disminución en altura tal, que entre dos secciones distantes un número clave, (cociente entre resistencia y el peso específico que vale 80 metros para fábricas de piedra o ladrillo entre 300 y 500 para el hormigón 2.100 para el acero y 40.000 para la fibra de carbono), la superior sea 2,7182 veces más pequeña que